

XVIII Domingo Ordinario (a)

Lectura del santo Evangelio según san Mateo. 14, 13-21

En aquel tiempo, al enterarse Jesús de la muerte de Juan el Bautista, subió a una barca y se dirigió a un lugar apartado y solitario. Al saberlo la gente, lo siguió por tierra desde los pueblos. Cuando Jesús desembarcó, vio aquella muchedumbre, se compadeció de ella y curó a los enfermos.

Como ya se hacía tarde, se acercaron sus discípulos a decirlo: "Estamos en despoblado y empieza a obscurecer. Despide a la gente para que se vayan a los caseríos y compren algo de comer". Pero Jesús les replicó: "No hace falta que vayan. Denles ustedes de comer". Ellos le contestaron: "No tenemos aquí más que cinco panes y dos pescados". El les dijo: "Tráiganmelos".

Luego mandó a la gente que se sentara sobre el pasto. Tomó los cinco panes y los dos pescados, y mirando al cielo, pronunció una bendición, partió los panes y se los dio a los discípulos para que los distribuyeran a la gente. Todos comieron hasta saciarse, y con los pedazos que habían sobrado se llenaron doce canastos. Los que comieron eran unos cinco mil hombres, sin contar a las mujeres y a los niños.

Palabra del Señor.

Reflexión

El Texto

Escuchamos hoy el pasaje de la multiplicación de los panes, uno de los pocos pasajes que es narrado por los cuatro evangelistas, e inclusive es repetido dos veces en el mismo Evangelio (Mateo y Marcos). Por lo tanto, desde este hecho podemos estar seguros de la importancia que tuvo para la primera comunidad cristiana. Pero, ¿qué era lo que tanto les llamaba la atención sobre estos pasajes a los primeros cristianos? Tratemos de profundizar brevemente en ello.

De una manera u de otra, todos los evangelistas resaltan "el hambre" que la gente tenía de escuchar y encontrar la sanación por Jesús, pues todos nos narran que Jesús intentó alejarse por un tiempo y la gente lo siguió "a la otra orilla". Este reconocimiento de la gente de Jesús disponía ya sus corazones para recibir este gran don que habrían de recibir. En repetidas veces Jesús había exigido la fe para realizar algún milagro, e inclusive había resaltado que el Gran Milagro era el haber recibido esta fe. Por eso, realmente el primer gran milagro de esta narración es

que los discípulos hayan accedido a sentar a la gente y que la gente se haya sentado! Cinco mil hombres más mujeres y niños, con hambre, no es una multitud muy fácil de controlar; sin embargo, todos ellos obedecen y se sientan convencidos que Jesús los alimentará. (¡Bendita fe de estos hombres y mujeres!)

Después vendrá el rito, detallado por los cuatro evangelistas, que Jesús realiza antes de alimentar a todos: *"tomó los cinco panes y dos peces, y mirando al cielo, pronunció una bendición, partió los panes y se los dio a los discípulos..."*; palabras todas estas muy parecidas a las pronunciadas en la última cena. Llama la atención que los discípulos no mencionan "cómo" se multiplicaron los panes y los peces; es decir, si se multiplicaron en el canasto, o si salían de las manos de Jesús, o cómo sucedió. En cambio si nos comparten el gesto de la bendición de los panes y los peces.

¿Qué fue pues lo que Jesús les dio en alimento? ¿Unos panes y unos peces? ¿Podríamos pensar que esa fue la intención de Jesús al realizar este milagro? ¡Definitivamente que no! Jesús nos muestra quién es quien nos da el verdadero alimento, el alimento que no perece y que es sobreabundante, y éste es nuestro Padre. Y por otro lado nos muestra qué es ese alimento: nuestra fe en Jesús. ¿De qué salieron saciados esos hombres y mujeres en aquella tarde? De su hambre física, no creo; más bien podríamos pensar que todos ellos salieron saciados de su fe en Jesús; salieron llenos esperanza por que ese vacío que sentían al no poder creer en alguien había sido saciado.

Por otro lado es tenemos una gran enseñanza para nuestra labor de evangelización cuando vemos lo que Dios puede hacer con lo poco (5 panes y dos peces) que nosotros le podamos entregar.

Actualidad

¿Cuántas veces nosotros nos hemos sentido sedientos, hambrientos de una esperanza, de silencio, de paz, de sabiduría para educar a nuestros hijos, de "luz" para caminar rectamente por nuestro sendero, de amor, de fe que nos sostenga en los momentos difíciles? ¿A dónde corremos? ¿Acaso corremos "a la otra orilla"? Es decir, buscamos desinstalarnos de nuestras seguridades, de nuestras rutinas para escuchar y recibir la Palabra del Señor. Es solo Dios quien sacia nuestra profunda sed de creer en algo, en alguien.

En cuanto a los panes y los peces que los discípulos les presentan, podríamos vernos reflejados cuando nos encontramos iniciando un gran proyecto (una familia, un apostolado, la conversión personal ... instaurar el Reino de Dios) y vemos las pocas "herramientas" o dones que tenemos; pero tal como sucedió en aquella ocasión, si las ponemos en manos del Señor y confiamos en su presencia

multiplicadora, veremos más pronto que tarde, que nuestras pocas y limitadas virtudes han servido para realizar grandes realidades.

Propósito

Esta semana intentemos “alimentar” a otros con nuestra palabra, con nuestro perdón, con nuestra presencia, con nuestra oración, o tal vez de manera más concreta dando de comer a quien no lo tiene y haciendo así presente la providencia de Dios.

Por tu Pueblo,

Para tu Gloria,

Siempre tuyo Señor.

Héctor M. Pérez V., Pbro.